

# Apuntes sobre las clases medias

---

*Eduardo Toche*

---



DOS FORMAS DISTINTAS DE DECIR LO MISMO sobre la trayectoria seguida por las denominadas clases medias podrían ser – en su versión “dura” –, el excesivo individualismo en el que había caído la sociedad norteamericana contemporánea, afirmado por Robert Bellah<sup>1</sup>, lo que contrastaba nítidamente con la fuerza de las instituciones que habían registrado tanto David Reisman<sup>2</sup> como C. Wright Mills<sup>3</sup> para los años 50; y de otro lado, una versión “light”, manifestada por Abelardo Sánchez León en una entrevista reciente: “lo que he vivido y sentido es que hay una clase media alta, media y baja, que están vinculadas, que se entrelazan – con matices – por lo menos en los años 50 y 60 ...”.

Lo primero, es la conclusión del análisis, mientras lo segundo, es el balance de lo vivido. Pero, algo más. Bellah comprueba un presente y se sirve del pasado para afirmar su propuesta, mientras que Sánchez León apela al recuerdo para – recurriendo por un momento a Peter Laslett – indicarnos el mundo que se ha perdido. Podría decirse que en Bellah se enfatiza el proceso y la continuidad en los cambios, en Sánchez León, las rupturas.

---

<sup>1</sup> Bellah, Robert; Madsen, Richard; Sullivan, William M.; Swidler, Ann y Tipton, Steven M. *The Good Society*. New York: Alfred A. Knopf, 1992.

<sup>2</sup> Reisman, David; Glazer, Nathal y Denney, Reuel. *The Lonely Crowd*. New Haven: Yale University Press, 1961.

<sup>3</sup> Wright Mills, Charles. *White Collar: The American Middle Classes*. New York: Oxford University Press, 2002.

Sin embargo, las intersecciones de ambas visiones son mucho más amplias de lo que puede suponerse a simple vista. Por ejemplo, que con el transcurso del tiempo algo sucedió con las claves de socialización y lo que en algún momento se suponía articulado derivó hacia la fragmentación, haciendo que las clases medias sean actualmente más plurales que nunca.

Esto tiene consecuencias directas para formular el campo de estudio de estos sectores. Normalmente, las clases medias fueron abordadas desde modelos de estratificación social, para dar cuenta de los procesos de movilización que provocaban la aplicación de políticas desarrollistas en la región y, derivado de esto, el impacto de las lógicas redistribucionistas.

Actualmente, las preocupaciones son otras. Por ejemplo, se intenta resaltar la emergencia de nuevos riesgos para los sectores medios, afectados por condiciones de deslizamiento hacia abajo en la escala social<sup>4</sup>. De otro lado, también han empezado a surgir estudios sobre las condiciones de reproducción de las clases dominantes, detentadoras de la riqueza sustantiva de un país<sup>5</sup>.

De esta forma, el registro de las disparidades en los ingresos presta ahora su atención a la generación de vulnerabilidades entre estos sectores medios y sus estrategias de adaptación, como las relacionadas con el microempresariado, el empleo marginal, el incremento del crimen violento y la aceleración y diversificación de la emigración<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Atria, Raúl. *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*. Santiago de Chile: CEPAL, 2004.

<sup>5</sup> Cattani, Antonio David. «Desigualdades socioeconómicas: conceptos e problemas de pesquisa». En *Sociologías*, n° 18. Porto Alegre: Universidad Federal de Rio Grande do Sul, 2007.

Cattani, Antonio David y Francisco Kieling: «A escolarização das classes abastadas» en *Sociologías*, n° 18. Porto Alegre: Universidad Federal de Rio Grande do Sul, 2007.

<sup>6</sup> Portes, Alejandro y Hoffman, Kelly. *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*. Santiago de Chile: CEPAL, 2003.

Como puede sospecharse, entradas de estas características han exigido una atención cada vez mayor a los aspectos subjetivos, relativizando la importancia asignada normalmente a los criterios cuantitativos: nivel de estudios, ingresos y tipo de ocupación. Al respecto, una de las deficiencias fundamentales que se ha percibido en las miradas derivadas de variables ocupacionales, es que aun cuando se las correlacione con otras “medibles”, no permiten vislumbrar con claridad lo que podríamos denominar “sectores” o “clases medias”, en tanto deja de lado la escala subjetiva que viene concatenada al prestigio socio-ocupacional. De alguna forma, estas preocupaciones han hecho que la categoría “condición socioeconómica” haya dejado espacio a la de “estilo de vida” que, a su vez, introduce elementos que ponen a prueba la idoneidad de conceptos como “clase” y “estrato” cuando se refiere a las clases medias.

En términos generales, estas aproximaciones han sido poco utilizadas entre nosotros para identificar estos deslizamientos “hacia abajo” de los sectores medios — así como para la promoción “hacia arriba” de los sectores denominados “emergentes” — y entrever así sus subjetividades, en función a los retos, desafíos y posibilidades que le depara la realidad actual. No está demás señalar que esto ha abonado a favor de una especie de “invisibilización” de estos grupos sociales, en Latinoamérica.

En efecto, los énfasis del neoliberalismo han sido puestos en el crecimiento económico, por lo mismo, las políticas públicas han venido priorizando la inversión y, como remedio a los costos provocados, la expansión de los programas sociales. En otras palabras, la importancia ha sido asignada a los sectores más pudientes y a los pobres. Así, el complejo conglomerado existente entre ambos extremos, quedó marginado en la atención del Estado.

Sin embargo, puesta de esta manera las cosas, surgen varias cuestiones que podrían perfilar mejor la comprensión de los sectores medios. Una primera cuestión sería que si bien puede

aceptarse una trayectoria histórica, que esquemáticamente partiría de un conjunto cuyas partes están más integradas para, décadas más tarde, presentar una fisonomía desintegrada, no debería restringirse el problema a los impactos generados por el modelo neoliberal.

En segundo lugar, las diferencias construidas por los sectores medios para identificarse respecto a los otros segmentos, es un aspecto crucial para entender las desigualdades existentes entre ellos y los límites de su reproducción social. De igual forma, como tercer rasgo, podría ser que todos los sectores medios estén experimentando una continua descapitalización (económica, social, cultural y política), que los hace aparecer como un conjunto que está en permanente “tránsito”, sin consolidar procesos identitarios, en el que los discursos aparentemente modernos esconden una carga tradicional sustancial.

Una cuarta cuestión es que, de manera contraria a lo que se viene diciendo al respecto de la capacidad de consumo de las clases medias peruanas, esta capacidad y tipos de consumo no estarían manifestando confianza sobre sí mismas, sino más bien, continuarían los habituales temores al largo plazo que intentan manejarse con movimientos de “corto plazo”.

Entonces, todos estos rasgos parecieran conducir hacia la afirmación de un deterioro constante de los sectores medios, más allá de las apariencias contrarias que mostrarían los momentos de alto consumo, como el que se está escenificando actualmente en el país. Una manera de entender esto sería respondiendo a la siguiente pregunta: ¿hubo un “estilo de vida” asociado a los sectores medios, que sirvió como referencia para levantar el plan de vida de sus integrantes y, a su vez, sirviera como meta a los que aspiraban movilizarse “hacia arriba” en la escala social?, ¿fue este “estilo de vida” el que devino en imposible?

Este no es un problema nuevo. Los estilos de vida fueron una herramienta conceptual ampliamente utilizada por la sociología

norteamericana, décadas atrás, para explicar el comportamiento de sus sectores medios. Como afirma Nicholas Lemann<sup>7</sup>, luego de finalizada la II Guerra Mundial, se supuso por un largo periodo de tiempo, que la familia de clase media en los Estados Unidos estaba compuesta por un esposo que trabajaba, una esposa dedicada al hogar y los hijos. Esta idea, afirma, se vino abajo a los inicios de los 70, cuando la crisis energética hizo que disminuyeran los ingresos en los hogares y se replantearan las estrategias familiares.

Para mantener su estándar de vida mientras la inflación aumentaba y los ingresos se estancaban, millones de mujeres casadas empezaron a incorporarse al mundo laboral. De esta manera, si en 1970 el 40% de las familias norteamericanas estaban formadas por parejas que laboraban, en 1990 el porcentaje aumentó al 60%. Por otro lado, las mujeres empezaron a casarse más tardíamente. Hacia 1975, el 62.5% ya estaba casada apenas pasados los veinte años, decreciendo al 38.5% en 1990. Asimismo, cayó la tasa de natalidad y los divorcios fueron más frecuentes.

Todo ello se escenificaba en medio de entornos cada vez más desfavorables, graficados en las amenazas que producían el déficit fiscal, la pérdida de calidad de los servicios educativos, el aumento de la violencia cotidiana, entre otros factores; pero, aun así, el deterioro de estos sectores no pareció ser tan pronunciado como el que experimentaron los obreros y los sectores pobres.

A pesar de ello, los impactos fueron importantes. Isabel Sawhill y Mark Condon<sup>8</sup>, del Urban Institute, calcularon que si en el periodo 1973-1990 el crecimiento de la economía norteamericana hubiera tenido el ritmo observado entre 1948 y 1973, el promedio de los ingresos familiares hubiera sido 35% más alto de lo que

---

<sup>7</sup> Lemann, Nicholas. «Mysteries of the Middle Class». *The New York Review of Books*, vol. 41, n° 3. New York: 1994. <http://www.nybooks.com/articles/2338>

<sup>8</sup> Sawhill, Isabel V. y Condon, Mark. «Is U.S. Income Inequality Really Growing? Sorting Out the Fairness Question». *Policy Bites*, n° 13. Washington D.C.: The Urban Institute, 1992.

efectivamente fueron. Esto condujo a que se afirmase, entre ellos Katherine Newman<sup>9</sup>, que el rasgo distintivo de las clases medias era la ansiedad que producía la incertidumbre económica y doméstica y, tal vez, la angustia ante la posible frustración de sus expectativas.

Al respecto, se identificaron cuatro líneas que explicarían la erosión del *american dream*: 1) el aumento del costo del mantenimiento del hogar<sup>10</sup>, 2) la inseguridad ocupacional, 3) el bloqueo en la movilidad laboral, y 4) el aumento del costo de vida que limitó la capacidad de consumo a la generación del *baby boom*, aun cuando tenían mejor educación y trabajo que sus padres. El resultado de estos procesos es que ésta y las generaciones subsiguientes, tuvieron probablemente, declinantes expectativas sobre su movilidad social.

Estas constataciones, a pesar de que los economistas eran renuentes a incorporar variables culturales y conductuales en sus modelos, por considerarlas subjetivas e imprecisas, fueron asumidas paulatinamente en tanto eran innegables las conexiones existentes entre los comportamientos cotidianos, la estabilidad y prosperidad social. De esta manera, las aproximaciones más cualitativas fueron tomando forma para complementar las comprensiones habituales, preguntando sobre las supuestas identidades que recreaban los sectores medios y el proyecto de sociedad que aspiraban construir o mantener, a través de patrones de consumo, conducta e imaginarios.

---

<sup>9</sup> Newman, Katherine S. *Declining Fortunes: The Withering of the American Dream*. New York: Basic Books, 1993.

<sup>10</sup> Según un reporte del *National Commission on Children*, el mantenimiento del hogar representaba el 28% del presupuesto familiar promedio en 1970 y 44% en 1990.



## Nuestras clases medias

Volcado el esquema hacia las sociedades latinoamericanas, seguramente uno de los ajustes más importantes a realizar, fueron las adecuaciones para involucrar al Estado como un factor en el desenvolvimiento de las clases medias, y por otro lado, la identificación de aspectos cruciales en la formación de su identidad, para el caso, prestando más atención a la esfera pública que a la privada: es evidente la inexistencia de estudios sobre la familia en nuestra región. En ese sentido, el señalamiento de Nugent<sup>11</sup> sobre la tendencia de asociar a las clases medias con estabilidades políticas y sociales, indicó en su momento un interesante derrotero que desgraciadamente no ha sido abordado hasta la actualidad. Para el referido autor, las clases medias casi siempre son nombradas para aludir a un estilo de acción pública acaecida en el pasado, caracterizado por la pacificación y la previsibilidad. En otras palabras, la aspiración para ejercer hegemonía y la ausencia de violencia e inestabilidad.

Planteadas las cosas como lo hace Nugent, tendríamos un paso delante de una línea comprensiva que afirma que hubo un momento de consolidación política de las clases medias en el Perú, en la transición del Estado oligárquico al Estado neoliberal<sup>12</sup>. Bajo ese marco, el modelo de sustitución de importaciones, la creciente urbanización del país y la diseminación del aparato educativo, fueron los procesos fundamentales que acompañaron a la aplicación de un proyecto reformista generado por los sectores medios peruanos, como alternativa al agonizante orden oligárquico.

De igual manera, este mismo escenario dio forma a un conglomerado social —los sectores populares urbanos— desde

---

<sup>11</sup> Nugent, Guillermo. «Clase media. De la mano invisible a la clase invisible». *Perú Hoy. La clase media ¿existe?*, n° 4. Lima: **desco**, 2003, pp.15-46.

<sup>12</sup> López, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: IDS, 1997.

el cual empezó a configurarse lo que décadas más tarde pasó a denominarse como el sector medio emergente. Sector conformado por migrantes y sus descendientes, cuya experiencia de vida los conduciría a formular la recreación de los valores y aspiraciones que portaban, en un proceso de adaptabilidad cuyas múltiples aristas aún no han sido abordados con propiedad y de manera integral. Sobre ellos, debe rescatarse al menos dos hechos: 1) fueron los portadores de aquello que la antropología peruana denominó el “mito de la educación”, es decir, haber supuesto que el acceso a la educación era una condición casi suficiente para aspirar a un ascenso en la vida y, 2) las lecturas diversas que se hicieron sobre sus formas de vida, que para algunos fue una recreación de la solidaridad rural en la ciudad, y para otros, como Hernando de Soto, la expresión social más sólida del individualismo capitalista.

Por otro lado, los cambios experimentados en el Estado, también tuvieron significación en las clases medias peruanas. La expansión de los aparatos públicos y la especialización de funciones, permitieron el surgimiento de un segmento que desarrolló intereses propios y roles de intermediación con determinados grupos sociales, aunque, al parecer, no le dio igual importancia a los aspectos del desarrollo social. En todo caso, para inicios de los noventa, se advierte el retroceso de la centralización sindical y popular, y por otro lado, se fortaleció la centralización empresarial. El Estado se redujo y una parte de la alta burocracia abandonó sus puestos<sup>13</sup>, mientras que la burocracia media y baja veía sus sueldos

---

<sup>13</sup> Un matiz sobre esta aseveración puede darse a partir de la estrategia seguida para buscar una mayor eficiencia al Estado durante los años 90, en base a la calidad profesional que se buscó para la alta función pública. Esta estrategia siguió el fácil expediente de ofertar altos sueldos financiados por los organismos multilaterales, específicamente el PNUD, y de esta manera el Estado se presentaba como competitivo ante la empresa privada en la demanda de profesionales calificados.

reducidos a un tercio de los que percibía en los ochenta<sup>14</sup>. Las nuevas fuerzas neoliberales, conformadas por el capital extranjero, el gran empresariado nacional y la tecnocracia civil y militar, orientaron el gasto público a seguridad y deuda externa, formando entornos que favorecieron el aumento de una mayor inseguridad en los sectores medios, que ante la amenaza recurrieron a dos estrategias: el “atrincheramiento” o la migración externa.

Entonces, estos procesos que signaron la modernización peruana en la segunda mitad del siglo XX, tuvieron como su resultado más resaltante, la transformación de la metrópoli en una caótica megalópolis, que insertó de manera diferenciada a los contingentes migratorios y obligó a la recreación constante de estrategias de adaptabilidad. Por ello, los pocos estudios realizados sobre las clases medias resaltan, cuando refieren a su composición interna, hasta tres sectores o estratos surgidos en diferentes momentos incluidos en este lapso de tiempo: una clase media tradicional, vinculada al imaginario dual colonial y a un temprano impulso modernizador<sup>15</sup>, que asigna una alta valoración al gasto como inversión para el mantenimiento o la apariencia de un estilo de vida<sup>16</sup>; una clase media consolidada, producto de la expansión urbana y de la segunda reforma universitaria, que posibilitó su desarrollo como elite intelectual y tecnócrata (Portocarrero 1998<sup>17</sup>, Fuller 2002<sup>18</sup>); y una clase media emergente, producto de las migraciones

---

<sup>14</sup> López, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: IDS, 1997.

<sup>15</sup> Portocarrero, Gonzalo. «Ajuste de cuentas. Las clases medias en el trabajo de TEMPO». En: Gonzalo Portocarrero, ed. *Las clases medias. Entre la pretensión y la incertidumbre*. Lima: SUR-Oxfam, 1988.

<sup>16</sup> Parker, David. «Discursos, identidades y la invención histórica de la clase media peruana». *Debates en sociología* n° 22. Lima: Departamento de CCSS-PUCP, 1997.

<sup>17</sup> Portocarrero, Gonzalo. «Ajuste de cuentas. Las clases medias en el trabajo de TEMPO». En: Gonzalo Portocarrero, ed. *Las clases medias. Entre la pretensión y la incertidumbre*. Lima: SUR-Oxfam, 1998.

<sup>18</sup> Fuller, Norma. «El papel de las clases medias en la producción de la identidad nacional». En: Norma Fuller, ed. *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú, 2002.

masivas, de la redefinición del espacio urbano y de los nuevos usos del capital económico y relacional<sup>19</sup>. Racialmente, se tiende a definir estos sectores como criollos, blancos y andinos, pero la comprobación de sus variaciones y de su heterogeneidad, revela que este tipo de discurso sirve más como elemento de negación que de afirmación identitaria: de este modo, la clase media se define a sí misma como lo que no es, lo cual resalta nuevamente su ambigüedad semántica.

Entonces, la sucesión de cambios estructurales ocurridos principalmente desde los años cincuenta y amplificados en los años noventa, ha desestructurado a las clases medias, produciendo una mayor heterogeneidad en su composición interna. Esta situación debe entenderse en el marco de la expansión y reconfiguración del espacio urbano, así como desde el análisis de la formación de nuevos espacios interconectados (globales-nacionales-locales) de producción, consumo y riesgo, que redefinen los papeles y las subjetividades de los actores que interactúan en ellos. Así, el deterioro de las clases medias puede entenderse como una desadaptación ante cambios estructurales y subjetivos, que se expresan en nuevas formas de interacción social y en una redefinición de expectativas y de sentidos de diferenciación. Estas formas de interacción no solo son heterogéneas, sino también, interconflictivas, lo cual se expresa en la formación de un espacio público sumamente fragmentado, en donde conviven diferentes *arenas* de lucha que utilizan diferentes estrategias de socialización e individuación, a menudo forzada, y en defensiva ante situaciones percibidas como amenazantes.

En este sentido, las clases medias se hallan no solo entre “la pretensión y la incertidumbre”, sino en una encrucijada de dilemas morales y existenciales que terminan diluyendo su capacidad decisoria, e incluso, de autorepresentación. De este modo, podemos

---

<sup>19</sup> **desco**. Perú Hoy. *La clase media ¿existe?* Lima: **desco**, 2003.

afirmar que el fracaso en impulsar un proyecto o visión de país no es la causa, sino el resultado del proceso de desgaste y decadencia de una clase media identificada con un Estado desarrollista. El fracaso del modelo desarrollista y el giro hacia una liberalización neoliberal no solo determinó su descapitalización, sino también, su contracción e invisibilización política.

Al respecto, las visiones no son unívocas y hay quienes levantan una mirada más expectante sobre lo ocurrido. Según éstas, la migración y la reconfiguración de los espacios urbanos limeños empezaron a recrear discursos e imaginarios, que de una u otra forma, fueron adquiriendo legitimidad y estableciendo las pautas para la generación de memorias y de historias cuasi “oficializadas”. Al respecto, todos aceptan sin mayor comprobación la afirmación de que en la segunda mitad de los noventa y comienzos del nuevo siglo, emergió una nueva clase media, localizada en los ex conos, hoy Lima Norte y Sur, que no tiene, en términos genéricos, empleo asalariado sino que son “emprendedores”, con negocio propio y que buscan que sus hijos tengan la educación a la cual ellos no accedieron plenamente. Asimismo, se sostiene que esta nueva clase media creció sin la “sombra” del Estado en términos de leyes laborales, seguridad social, etc.

Todo ello alimentó una “gesta” que caló profundamente en la formación de la identidad de los pobladores que fueron ubicándose en los contornos de la ciudad, en el que el actor — el migrante pujante — levantó su mundo desde la nada y con grandes factores adversos al frente. Rolando Arellano<sup>20</sup>, tal vez el que mejor ha sistematizado las percepciones de estos sectores, afirma que estamos ante clases medias que se han formado y han crecido al costado de la sociedad tradicional, e incluso, con la sociedad tradicional en contra. Más aún, según Arellano, el gran indicador del “triumfo” de la travesía iniciada décadas atrás, es que Lima dejó de ser de

---

<sup>20</sup> Publicista y especialista en marketing; ha publicado varios libros de gran circulación sobre los sectores emergentes en Lima.

los limeños: en Lima, solo el 12% de los limeños son limeños de tradición, hijos y nietos de limeños; el 88% son migrantes o descendientes de migrantes de primera o segunda generación.

Sin embargo, pese al dinamismo que ha mostrado en los últimos años, la “ciudad emergente” aún no supera en concentración de ingresos e intensidad comercial, a los espacios en donde predominan los sectores medios “tradicionales”, es decir, Lima centro y Lima moderna. Entre otros datos significativos, el 80% de las viviendas de manzana de Lima moderna pertenecen a los niveles socioeconómicos A y B; asimismo, en Lima moderna es donde se encuentra la mayor cantidad de cajeros automáticos, agencias de bancos y supermercados.

### *Cuadro 1*

#### *Lima, distribución de población, manzanas y establecimientos*

Zonas	Población	Manzanas	Nº de establecimientos	Ingreso familiar mensual
Lima Norte	2,125,911	22,191	72,349	S/. 1,136
Lima Este	1,902,537	23,229	60,543	S/. 1,155
Lima Centro	871,650	5,165	64,510	S/. 1,309
Lima Moderna	1,236,853	9,705	38,078	S/. 4,894
Lima Sur	1,624,961	19,156	53,429	S/. 1,113
Callao	897,539	9,422	23,861	S/. 1,255
Gran Lima	8,659,451	88,868	312,770	S/. 1,903

Fuente: Instituto Apoyo. [www.apoyo.com](http://www.apoyo.com)

Aun así, todo parece indicar que las diferenciaciones existentes entre los distintos agrupamientos de clase media que hay en Lima, no parecen establecerse por el lado del consumo inmediato, sino más bien, en el acceso a bienes que tienen una connotación de prestigio mucho más nítida.

Haber generado una identidad a partir de algo que ha sido entendido como un “triunfo de la voluntad”, puede haberle otorgado un núcleo nítido de valores a los sectores medios “emergentes” de Lima, desde el cual levantan un proyecto de vida que motiva la celebración de sus fortalezas y capacidades para construir su existencia, desde literalmente la nada y en un ambiente adverso.

Asimismo, los sectores medios “tradicionales” han venido mostrando una alta capacidad de adaptabilidad ante circunstancias que deterioran paulatinamente sus condiciones de vida, inventando estrategias de refugio y argumentos discursivos que suplantán mal que bien la condición de “modelo social”, que tenía su estilo de vida entre las décadas de los 50 y 70 del siglo pasado.

Sin embargo, prestar demasiada atención a los aspectos positivos en las trayectorias de estos grupos, puede dejar de lado el sustrato sumamente frágil bajo el cual se han venido desenvolviendo, que ha generado una sensación de inseguridad bastante alta. Al respecto, una primera cuestión es que la formación de entornos desfavorables siempre será percibida por ambos sectores, como un “desequilibrio” existente en las relaciones entre ellos y el Estado.

Esto no deja de llamar la atención, en tanto el arraigo de la individualización, y por ende, la percepción de que el Estado puede ser un factor intrusivo y distorsionador de sus expectativas. Sin embargo, de manera contradictoria, sus exigencias son muchas veces colocadas como “quejas” por la ineficiencia del mismo. En esta misma línea, para abonar aún más en estas complejas relaciones entre sectores medios y el Estado, debe subrayarse la “poca sociedad civil” generada desde sectores que, por definición, debieron establecer fuertes vínculos entre ellos para, en la medida de lo posible, sustraer al Estado de sus propios asuntos.

Por otro lado, esto mismo parece haber debilitado el perfil que tuvieron que adquirir sus demandas al Estado, por ejemplo, en los ámbitos de la educación y de la seguridad pública. Optaron por el

camino menos favorable para sus propios intereses, es decir, cubrir la desatención estatal con su propia inversión privada, incurriendo en mayores costos, y además, privatizando ámbitos que son de dominio público. Es bastante probable que estas “tácticas” fueran corroyendo acumulaciones y fortalezas. A partir de los años 80 la clase media “tradicional” fue reduciéndose como secuela de la crisis económica, la hiperinflación y las consecuencias de la violencia política<sup>21</sup>, para luego disminuir aún más con la reestructuración productiva de la primera mitad de los 90: privatizaciones, quiebras, liquidaciones de empresas e instituciones públicas. De esta manera, el empobrecimiento de la clase media dará origen a lo que se conoce en la jerga como “pobreza reciente”: no pobres por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) pero pobres por ingresos (que han caído bajo la línea de la pobreza). Por otro lado, la gran mayoría de micro y pequeños empresarios – algo así como el 90% – están en la categoría de sobrevivencia, es decir, sólo el 8 ó 9% logra realmente acumular. Sobre esto último, debemos tener en cuenta que los sectores “emergentes” son identificados con estas modalidades empresariales.

Como afirmáramos líneas arriba, fue así porque estos sectores se vieron entrampados entre un Estado que reacciona bajo los condicionamientos que puede imponerle los sectores más ricos, y por otro lado, porque se focalizó el problema nacional por excelencia en la población que está debajo de la línea de pobreza. Durante los años 90, con la plena implantación del modelo económico de libre mercado, todo esto se exacerbó, y como nunca, las clases medias sintieron la soledad y que sus expectativas de un mundo mejor apelando a la sola voluntad, habían empezado a encajonarse.

Luego vendría el actual ciclo de crecimiento económico, que si bien volvió a abrir expectativas en el sector medio, mostró

---

<sup>21</sup> El PBI per cápita retrocedió en 1992 a los niveles de los años setenta. Recién en el 2006 dicho indicador recupera la brecha de la crisis, políticas de ajustes e hiperinflación.



también los evidentes acotamientos estructurales, entre ellos la pésima redistribución, que en términos comparativos, incentivó una desigualdad mayor aún a la vigente durante los años 50 y 70 del siglo pasado: tal como parece haber sucedido con las clases medias norteamericanas, las actuales generaciones tienen mejor educación y trabajo que sus antecesoras, pero perciben que su situación no es mejor que las de aquellas, aun cuando esto sería relativo entre los sectores “emergentes”.

## Los deterioros y la prosperidad

En suma, el proceso seguido por los sectores medios peruanos durante las últimas décadas, es intuido como una constante descapitalización social, política, económica y cultural o con límites bastante bajos en la formación de capacidades, lo que impide la reproducción de estos grupos; cuestiones que guardan plena sintonía con la evolución de los indicadores nacionales durante este periodo. En ese sentido, las coyunturas de crecimiento no terminaron de cerrar las brechas generadas por crisis anteriores, obteniéndose como resultado la sensación de una profunda fragilidad que impide la formación de sólidas redes sociales, condiciona el arraigo de socializaciones de corte tradicional y permite el predominio de estrategias cortoplacistas.

Esto, de alguna forma, se encuentra contenido en la persistencia de la baja confianza hacia las instituciones y las cortas proyecciones que sugiere la inestabilidad económica y política, implícitas en los sondeos de opinión. El desagregado de estas percepciones, a su vez, permite establecer las direccionalidades que se otorgan a la sensación general de inseguridad. Una encuesta de cobertura nacional urbana, realizada en diciembre del 2008 por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), identifica al menos seis problemas fundamentales: la corrupción, el desempleo, la inflación de precios, la crisis de valores morales, la pobreza y

la inseguridad ciudadana. Más aun, los encuestados sienten que todo ello se ha agravado en el último año.

**Cuadro 2**  
**Los principales problemas del país**  
**Perú, diciembre 2008**

Respuestas	Total %	Dominio				
		Lima-Callao	Norte	Sur	Centro	Oriente
Corrupción de los funcionarios del gobierno	16	15	17	16	16	29
Desempleo, falta de trabajo	16	16	18	13	17	14
La inflación/subida de precios	14	13	14	20	9	8
Crisis de valores morales	11	10	12	11	13	14
Pobreza, falta de recursos económicos	10	10	11	10	19	12
Inseguridad ciudadana/delinuencia común	10	10	11	8	6	4
Sistema educativo deficiente	4	6	1	2	1	-
Bajos sueldos/salarios	4	4	4	3	1	1
Discriminación y racismo	4	4	2	6	6	1
Desigualdad entre ricos y pobres	3	4	3	3	3	2
Narcotráfico	3	4	2	2	3	4
Mala administración de justicia	2	1	3	4	1	3
Falta de autoridad por parte del gobierno	1	2	1	1	-	3
Terrorismo	1	1	1	0.4	4	3
Sistema o servicio de salud deficiente	0.3	0.3	-	0.4	1	-

Fuente: Instituto de Opinión Pública PUCP. <http://www.pucp.edu.pe/iop/>

El deterioro no ocurre de un día para otro, y en ese sentido, no hay manera de medirlo. Hay personas que han perdido sus trabajos, pero los efectos no se notarán porque, pese a la precariedad, los sectores medios aspiran a una mayor estabilidad e intentarán siempre evitar — o al menos lo aparentan — el reconocimiento de la pérdida de la misma. Como afirma Nugent<sup>22</sup>:

“Cuando se habla de clase(s) media(s) en los debates públicos se habla de la marca de una estabilidad situada cada vez más en el pasado. Es decir, también la clase media, aparte de ser usada para constataciones y como seña de identidad, es igualmente una manera de describir un estilo de acción pública, básicamente pacífica y previsible”.

En esta línea puede asumirse que los sectores “emergentes” podrían tener mayores resistencias para enfrentar situaciones adversas, en tanto la pobreza no les resulta una condición totalmente ajena, ya que ella fue su punto de partida. Sin embargo, el deterioro en medio del crecimiento — e invisibilizado por este — también hace estragos entre ellos. Se aprecia, por ejemplo, que el aumento de la agresividad y el conflicto en un ámbito donde las reglas nunca quedaron claras, les reduce sustancialmente sus oportunidades.

Este estado de cosas, obviamente, instala una alta precariedad en la vida de los sectores medios en términos económicos, sociales y políticos. Sin embargo, también hay un costo altísimo que no siempre es evidente: el retiro de los espacios públicos y el angostamiento de las relaciones que esto conlleva. Así, la socialización se ha restringido a niveles mínimos y se parametriza buscando que ella se realice “entre pares”, entre subgrupos en donde pueden desarrollarse ciertos niveles de confianza. En otras palabras, las clases medias perdieron las calles.

---

<sup>22</sup> Nugent, Guillermo. “Clase media. De la mano invisible a la clase invisible”. En: *Perú Hoy. La clase media ¿existe?*, n° 4. Lima: **desco**, 2003, pp.15-46.

De esta manera, nada más alejado de los paradigmas de la modernidad que la trayectoria seguida por los sectores medios peruanos. Las rutinas no pueden ser llevadas a cabo con cierta regularidad, con esa provisionalidad que permite la pacificación consigo mismo y con los demás, con aquello que se denomina “seguridad ontológica”, porque acostumbrados a encuadrar los modelos sin mayor crítica, parece que sólo se busca el comportamiento de las variables de aquello que llamamos “ausencia de Estado”, en espacios que imaginamos como fronteras de la modernidad —el ámbito rural— y no reparamos que estas fronteras están instaladas y funcionando plenamente en el corazón mismo de las ciudades.

Entonces, en el mejor de los casos, las clases medias peruanas estarían expresando esa larga transición sin solución de continuidad hacia la modernidad, que el actual patrón de crecimiento tampoco ha podido generar desenlace. Allí parecen radicar los sentidos últimos de la inseguridad, una “sociedad del miedo” tan sensible a las estimulaciones “defensistas” provenientes del Estado, cuyos agentes sistemáticamente montan campañas mediáticas en las que se sobredimensionan supuestas amenazas para intentar establecer controles sobre la sociedad.

En suma, las resistencias, los temores a la “contaminación”, la tipificación del otro como amenaza, la cultura de trincheras culturales, no promueven la interacción, el intercambio. Es posible que haya aceptación a regañadientes, pero sin traspasar los límites, “cada uno en su lugar”. Nadie se siente seguro en Lima, una ciudad literalmente amurallada simbólica y tangiblemente (¿hay ciudades en el mundo —donde no exista conflicto abierto— con las calles enrejadas, policías particulares por doquier y miembros de la fuerza pública trabajando para privados —con el uniforme de la patria— durante sus horas de descanso?). Es posible que esto sea el resultado de un ingreso al mundo moderno con la sola obsesión del crecimiento económico, sin que importara mucho la formación

de nuevos marcos institucionales. Por eso, los sectores medios de Lima aparecen ahora aprovechando como sea los réditos que puede otorgarle el crecimiento económico, sin generar sostenibilidad y sin superar miedos u otras subjetividades seculares.

Tal vez el racismo no sea mayor al históricamente habitual. Seguramente, Lima es una ciudad donde se interactúa más que en el pasado, pero eso no impide el brote continuo de espacios de segregación, en los que no se negará a nadie el acceso pero que se le hará saber al “intruso” que no pertenece a ese lugar, que no está en el “sitio correcto”. Más aun, el mismo sistema educativo está estratificado para grupos diferentes, y pasa lo mismo con los espacios de diversión y relajamiento. También puede aceptarse que esto tiene sus variantes generacionales y que los más jóvenes se integran más fácilmente. Sin embargo, es difícil pensar que hay un creciente y visible desarrollo de la confianza en la ciudad. Si bien puede valorarse el espíritu emprendedor de los “emergentes”, también se subraya su falta de solidaridad, y cuando se da la ocasión, su propensión al relajo y a la indisciplina.

Bajo esta situación, los signos distintivos que muestren y autoafirmen una identidad, tras los cuales reside una narración coherente de grupo y con aspiraciones hegemónicas —que otorga confianza ante los riesgos—, no han podido ser construidos por los sectores medios limeños. Los estilos de vida podrían estar indicando ostentación efímera y aprovechamiento circunstancial de las oportunidades, pero no las señales de la existencia de un destino compartido.

Los costos de esta situación son sumamente altos, y seguramente, son los que alimentan los “misterios” del Perú contemporáneo. Las enormes dificultades para traducir el crecimiento en desarrollo, la desinstitucionalización imperante, la ausencia de una agenda intelectual, el retiro de los proyectos nacionales y los programas de gobierno en las ofertas electorales, y en suma, esa sensación de que el país se conduce “en automático” sin rumbo

conocido, tiene relación esencial con los dramas de sus clases medias.

Llamadas a generar dinamismo económico mediante su actividad empresarial, crear conocimiento, diseñar planes y proyectar ideas integrales sobre el país, las clases medias peruanas no han podido cumplir sus roles y el resultado es ese andar a la deriva que invade los fueros íntimos de los peruanos. En su lugar, se ha instalado el inmediateísmo y la reducción de las redes sociales, que se evidencia en la ausencia de una idea de comunidad. También el sentido minimalista de sus demandas: la educación debe ser “práctica”, casi reducida a enseñar un oficio o habilidades “para desempeñarse en la vida”, como computación, idiomas extranjeros, entre otros, los cuales son necesarios, pero a todas luces insuficientes. Más aun, como también sucede en otros lugares, la educación no es la “escuela liberadora” que muchos imaginaron, sino el instrumento para seguir reproduciendo desigualdades y aceptaciones pasivas de roles. En suma, las dificultades para los sectores medios ingresaron a una lógica reproductiva, desde décadas atrás, en la que no se vislumbran salidas claras.